

Andrés Monares

REFORMA E ILUSTRACIÓN
Los teólogos que construyeron la
Modernidad

2da. edición revisada y aumentada



PRESENTACIÓN

“En América todo lo que no es europeo es
bárbaro”
Juan Alberdi

“Seamos los Estados Unidos de Sudamérica”
Domingo F. Sarmiento

Rotos, mechas de clavo, indios, cholos, negros, mestizos, zambos, cabecitas negras... En América Latina el *color* no es un detalle. Por ejemplo, no es una casualidad masiva las miles de mujeres —de todos los estratos socioeconómicos— que en Chile tiñen su pelo rubio. Al conocer la admiración que se tiene por lo anglosajón entre la población chilena, y latinoamericana en general, se entiende que aquello no es una mera cuestión estética. Menos al tomar en cuenta que junto a dicha especie de fervor, coexiste una intensa repulsión por lo “indio”, lo “negro” y lo “mestizo” (en tanto *casi indio/negro*); o al menos, estas categorías/realidades despiertan serias complicaciones ideológicas y emocionales. De tal modo, el acto de aclararse el pelo es todo un símbolo. Es una representación de algo así como sacar un pasaje virtual hacia el Primer Mundo: el moderno, el opulento, el blanco, el deseable. Al tiempo que se pretende borrar cualquier ligazón con el Tercer Mundo: el retrasado, el pobre, el oscuro, el indeseable.

En Latinoamérica existen muchos casos cotidianos del intenso deseo de ser más *blanco* y menos *aindiado*, en el fenotipo y en lo sociocultural. Pruebe usted con preguntar a alguna persona si su apellido es “indio”: de la población más pobre al barrio más acomodado, su consulta será considerada una agresión o una falta de tino. No obstante lo “indio”, al igual que lo “negro”, representa el punto extremo. En realidad el tema de fondo es lo *no-blanco*. Eso explica que cada palabra con la cual se nombra ese ámbito fenotípico-sociocultural, entre quienes en América Latina se definen integrantes de la sociedad *blanca*, es inequívocamente un concepto que denota lo *moreno-pobre-ignorante-feo*. Las escalas de colores de lo oscuro a lo más claro en la piel y el cabello, determinan una jerarquía ascendente hacia lo bello, las buenas costumbres, la moral correcta y las mejores o superiores formas de organización política y socioeconómica.

Esa actitud puede encontrarse hasta entre personas que discursivamente rechazan el clasismo y el racismo, votan por partidos “progresistas” y al tener estudios superiores se supondría (se insiste, se podría presumir) tienen una visión más amplia e inclusiva del mundo. Así las cosas, no es poco usual que se catalogue de positivo el *esfuerzo* republicano por asimilar a las primeras

naciones: habría sido un empeño por *civilizarlas* y mejorar su condición material... ¡e incluso moral! Esto comúnmente se da por sentado. Incluso, a pesar de los numerosos casos de opresión y marginación hacia esos grupos de parte de los nuevos estados nacionales americanos. Casos que se vienen dando desde el proceso de emancipación que dio lugar a las diversas repúblicas en el siglo XIX.¹

Rechazar la propia condición amerindia-negra-mestiza y asumirse “blanco” —actitud denominada “blanqueo” en Antropología—, también afecta el ámbito intelectual latinoamericano y a las teorías consideradas verdaderas y/o correctas. Académicos e investigadores igualmente se hacen parte de un fenómeno el cual, si se dieran cuenta de su carácter, sería digno de ser analizado. Los estudiosos nativos de esta parte del continente se legitiman haciendo postgrados en el mundo anglosajón, siguiendo las teorías del mundo anglosajón, citando los libros y autores de moda del mundo anglosajón. Para ser tomado en cuenta, ya no sólo por los europeos occidentales y estadounidenses, sino por nuestros propios pares latinoamericanos, se debe vivir con la mente en Europa Occidental y Estados Unidos. Es un extraño ejercicio de ubicuidad casi divina: cuerpo en América Latina con genes nativos y cerebro, ideas y discurso anglosajón en un ambiente intelectual anglosajón. Esta actitud trae a la memoria la irrisoria leguleyada de la decadente Corona española bajo Carlos III: se legalizaba la *pureza de sangre* de criollos *oscuros* americanos por la compra de un certificado que rezaba “Téngase por blanco a...”.

En lo que a la fecha es América Latina, el blanqueo ha dejado de lado unos, *por lo menos*, 25 mil años de desarrollo sociocultural del *homo sapiens* en estas tierras. Esa es la fecha aproximada cuando los primeros grupos humanos cruzaron por el Estrecho de Bering, convertido en un puente de hielo, desde Siberia hacia América del Norte. Sin embargo, tampoco se han tomado en cuenta los temporalmente insignificantes trescientos y tantos años de dominio español y portugués. Pues, a pesar de ser ellos *blancos*, no son de los que hoy se tienen en realidad por importantes: los anglosajones. Esta situación no es nueva. En el nacimiento de las repúblicas latinoamericanas, las

¹ En Chile la singularidad de esa actitud queda reflejada, por ejemplo, en el rechazo de muchos mapuches al trato recibido a través de la historia por la República chilena: “pacificación”, “reducciones” y “asimilación”. Es decir, una guerra de exterminio y ocupación; la obligación de residir en territorios pequeños y pobres; y las diversas coacciones para que abandonaran su cultura y *hacerlos* chilenos. Hoy mismo en democracia, se vive en el país un clima de represión contra grupos de mapuches militantes, el cual ha incluido apremios policiales a comunidades e individuos, juicios procesalmente cuestionables, mantención en prisión a niños y un asesinato por la espalda a tiros por parte de Carabineros (cuyo autor está libre y en servicio activo).

élites determinaron el modelo que querían *copiar*. Ni siquiera se molestaron en averiguar qué surgiría del mestizaje o qué se podía utilizar de la milenaria tradición de las primeras naciones. Aún menos contaban los esclavos de origen africano y su descendencia. Al mismo tiempo, lo español se rechazó por no-anglosajón en lo comercial, político y social. Era y es mejor adoptar una especie de amnesia o de esquizofrenia sociocultural. Las élites de los países americanos que nacían a la vida independiente, no prestaron oídos a voces como las de Simón Rodríguez (maestro de Bolívar), quien conciente de la originalidad de la “América Española” había tenido la lucidez de afirmar “O inventamos o erramos”. De las luchas de emancipación la Latinoamérica criolla surgiría enferma de transformismo y ávida de negarse a sí misma.

En la irreflexiva carrera hacia el *ideal* anglosajón —estético, moral, político, social, económico y científico— en que estamos insertos, la paradójica tarea emprendida se puede caracterizar como *dejar de ser para poder ser*. Abandonar nuestra tradición a fin de asimilar de manera acrítica los patrones anglosajones y su proyecto sociocultural. Estos particulares rasgos, al definirse cuales bienes en sí, son perseguidos ciegamente a pesar de que no se tiene un conocimiento cabal de sus fundamentos y objetivos. Por lo mismo, vale la pena preguntarse si en verdad pertenecemos a esa cultura *blanca* o si los nativos de ese mundo nos tienen por sus iguales. De hecho, al analizar los principios desde donde se desarrollaron tales patrones y se determinaron sus metas, queda claro que nuestras élites se desviven por subirse a un carruaje ajeno. Y en su desesperado afán, cargan con los habitantes de sus naciones cuales meros bultos de su equipaje. Pero, el problema no es únicamente que dicho carro deja abajo esos indeseables bultos-pueblos, sino que de igual forma pasará por encima de ellos sin ningún remordimiento. Basta repasar nuestra historia para constatarlo. He ahí el “desvío de la razón” y la “servidumbre” de las que hablara José Martí, para dejar en evidencia la ciega admiración criolla por Estados Unidos y Europa Occidental.

Por cierto, el debate en torno a la identidad cultural latinoamericana no es nuevo ni está cerrado. Aún así, aquí se cree posible reconocer una especie de *viga maestra ideológica* o *matriz general* en las culturas de las primeras naciones, afrodescendientes, mestizas y en el Cristianismo de *espíritu* latino (catolicismo y protestantismo latinoamericano). Sin negar las síntesis que a estas alturas han de existir, se estima que aquel fundamento ha dado lugar en América Latina a instituciones socioculturales particulares. Recuérdese que en principio esa *matriz*, y las culturas específicas desarrolladas a partir de ella, *chocan* con lo anglosajón. No por nada los proyectos modernizadores,

en el fondo proyectos *anglosajonizadores*, implican la eliminación de aquellos patrones “no modernos” o “tradicionales”. Tras la aparente maraña de rasgos singulares y diferentes, aparece un fundamento *no moderno* común y a la vez aglutinador. Entonces, a la luz de los hechos, se puede afirmar que el centro del problema o conflicto actual de las y los latinoamericanos, es en gran medida una cuestión *sociocultural*. En el fondo, es un enfrentamiento de tradiciones.²

Atendiendo a la naturaleza sociocultural del problema latinoamericano, la intención fundamental de los ensayos reunidos en este libro es triple. Primero, demostrar la determinante influencia de los dogmas del reformador francés Juan Calvino en la Ilustración. Sobre todo y primeramente entre los iluministas ingleses y, a partir de la unificación de Inglaterra con Escocia a principios del siglo XVIII, entre los británicos en general.³ En segundo lugar, constatar cómo a través de los sistemas filosóficos elaborados por los miembros de ese movimiento intelectual y su vigencia, su religiosidad se materializó en una tradición sociocultural anglosajona: la Modernidad. Y en tercer lugar, se intenta mostrar aquí la imposición de ese proyecto calvinista-ilustrado-anglosajón al resto del planeta, antaño por Gran Bretaña y hoy por los Estados Unidos. El dominio militar, político y económico que ha beneficiado a dichas naciones —en especial a sus élites y a las incondicionales élites nativas de los países colonizados y/o neocolonizados—, también ha venido excluyendo y negando las formas socioculturales no modernas y a sus portadores. El propio proyecto calvinista-ilustrado-anglosajón moderno, implica y requiere de esa actitud.

En consecuencia, valgan dos aclaraciones para todo lo que resta de este libro. En primer lugar, no se entenderá el concepto “moderno” en su sentido cronológico que nombra lo actual. Sino en tanto uno de carácter *sociocultural*. Se le usará para denominar patrones originarios de la tradición anglosajona-calvinista. O sea, rasgos pertenecientes a la hoy llamada Modernidad. En segundo lugar, en adelante se emplearán indistintamente

² No se tratará aquí de vislumbrar cuál es la denominación *correcta* de esta parte del continente, o sea, una inclusiva de toda su diversidad y no derivada del colonialismo. Se usará “Latinoamérica” o “América Latina”, más allá de su origen en el nombre de navegante italiano Américo Vespucio y de que lo latino fuera acuñado para legitimar la invasión francesa de México en el siglo XIX. Se cree complejo agrupar toda la realidad de esta parte del continente en *un* nombre y, además, a estas alturas la pretensión imperial francesa ha quedado desligada del adjetivo “Latina” para América. Lo cual no implica desconocer que esa denominación deja *formalmente* fuera a las culturas no criollas.

³ Se entiende, y se entenderá en lo que resta de todo el texto, que la excepción fueron los católicos ingleses, galeses y escoceses; pero, con mayor razón, lo fueron los colonizados *papistas* irlandeses.

los términos “calvinista” y “reformado” para identificar a cualquier iglesia, denominación, secta o movimiento religioso adherido y/o influido por los dogmas del teólogo francés Juan Calvino.⁴ Sus mismos seguidores puntualizan que fue él quien en realidad reformó el Cristianismo en el siglo XVI. Por eso establecen una diferencia con el primario protestantismo de Martín Lutero, para ellos simplemente una especie de *pseudopapismo*.

Ahora bien, se acepta que en los diversos procesos de coerción por los cuales se ha impuesto la Modernidad a diferentes pueblos, en ocasiones las propias concepciones de dicha tradición han sido y son ignoradas e incluso violadas. No pocas veces hasta por sus mismos promotores, sean o no nativos anglosajones. Sin embargo, aquí se cree que ello no invalida su posición a la fecha cual ideología dominante o criterio omnicomprendivo en y del mundo. Por ejemplo, por mucho que los países occidentales desarrollados regulen el comercio o subsidien a sus productores, ellos mismos fomentan la utópica ideología de un mercado autorregulado mundial. A pesar de sus inconsecuencias, en general continúan guiándose por la concepción libremercadista del ser humano, la sociedad, las relaciones de producción o de la naturaleza. Y más relevante todavía, imponen esas ideas y prácticas al resto de las naciones. De tal modo, efectivamente a la fecha la *utopía* de un mercado autorregulado determina en gran medida la cultura y las relaciones sociales de la gran mayoría de los países del planeta. Esto sucede más allá de que aquellas ideas nunca hayan sido llevadas a la práctica en forma pura y completa; y aunque probablemente nunca lo sean a futuro.

La evidente peculiaridad sociocultural de las filosofías ilustradas, implicó que las investigaciones cuyos resultados aquí se presentan, se hayan llevado a cabo bajo un cierto espíritu *etnohistórico*. O sea, a modo de una reconstrucción de aspectos socioculturales de *otro* grupo étnico en base a sus propios documentos. Se tiende a olvidar con demasiada frecuencia, incluso entre antropólogos tercermundistas, que los nativos británicos son —por así decirlo— *sus propios* “indios”, “primeras naciones” o “pueblos originarios”.

En específico, se trabajó principalmente con un tipo de fuente: los textos de filosofía. Se accedió a los escritos de autores portadores de una cultura *ajena*, sin los prejuicios modernos que ven universalismo, secularización y racionalidad donde no las hay. Se entendió que esos pensadores desarrollaron

⁴ Es necesario traer a colación un alcance no menor, remarcado por algunos de los propios seguidores del teólogo francés: es imprescindible establecer la diferencia entre el calvinismo original y los calvinistas, y algunas interpretaciones dogmáticas posteriores.

su trabajo intelectual *desde su cultura y para su propia sociedad*. Ese enfoque permitió comprobar que los filósofos ilustrados aplicaron *su* interpretación, cultural y/o nacional, de la doctrina calvinista a diversos ámbitos. Lo mismo que ocurre con todo grupo étnico o con aborígenes de cualquier parte del mundo que *median* desde lo propio rasgos culturales ajenos para hacerlos suyos, esos pensadores seleccionaron aspectos de la teología del reformador apoyados en los supuestos y pretensiones dominantes de sus sociedades. Las mismas que los guiaron, en un segundo momento, para desarrollar teóricamente y aplicar a determinados ámbitos dichas ideas religiosas. Acierta del todo Hegel cuando afirma que “la filosofía es su propia época expresada en pensamiento”.

Al tener en cuenta lo anterior y analizar los textos ilustrados —no los manuales escritos después acerca de ellos—, se debe entender que para quien vive en un ambiente sociocultural dado, sus diversos fundamentos y lógica son evidentes. Esos patrones y/o matriz les permitirán juzgar el pasado y el presente, el mundo natural no humano y el humano. Se concuerda aquí con Frederick Copleston cuando afirma que toda sociedad, para ser llamada “una sociedad”, debe compartir una perspectiva determinada. En otras palabras, ha de tener un grado no menor de unidad ideológica. El punto es que, por lo general, esa perspectiva común es *implícita*. A veces lo es a tal grado que llega a ser aceptada de manera irreflexiva, al simplemente vivenciarse en lo cotidiano. Son los procesos deliberados de reflexión y análisis —con mayor razón las investigaciones académicas—, los que de tomar la debida distancia, pueden hacer *explícita* esa visión de mundo:

“...toda discusión filosófica en una época dada está gobernada, en medida sorprendente, por una serie de supuestos que rara vez o quizás nunca se mencionan. Estos supuestos son ‘el cimiento de las ideas corrientes que comparten todos los hombres de una cultura determinada, y nunca se mencionan porque se les considera obvios y como cosas sabidas’ ” (F. M. Cornford, citado en Guthrie 1994: 17).

Esa obviedad o naturalidad de un conjunto de supuestos y/o principios, puede llegar a ser tan absoluta para cada grupo humano, que aquellas ideas se legitiman y se hacen *verosímiles* sin tomar en cuenta lo que podría denominarse su realidad “objetiva”. De donde la *creencia* en la validez y/o veracidad de ese conjunto de supuestos y/o principios, es una *seguridad* para los pensadores nativos que elaboran proposiciones en base a ellos. Esa seguridad puede llegar a tal nivel, que en su trabajo intelectual aquellos eruditos los desarrollan y/o hasta los *comprueban* en la realidad. A su vez, la confianza en esos fundamentos

es compartida con los miembros de la misma sociedad y/o portadores de la misma cultura o conjunto de supuestos y principios.

Por ende —y con mayor razón para el observador *no nativo*—, muchas de esas ideas pueden ser definidas en tanto verdades aceptadas *sólo en ese contexto específico*. Sin embargo, justamente en ese contexto son a tal punto internalizadas, que pasan a ser consideradas *hechos reales*. Entre otros, ese es el caso del trance de un chamán, la divinidad de Jesús, descender de un animal mítico, la soberanía del pueblo, el enojo de los espíritus por la ruptura de un tabú, el crecimiento económico como solución de los problemas de las sociedades, la personificación de un lugar o animal, la objetividad de la ciencia, la brujería y la magia, la existencia de derechos humanos individuales e inalienables, la reencarnación y el karma, la redistribución por medio del mercado autorregulado, la intercesión de los santos, etc.

En tal sentido, en la gran mayoría de las veces los intelectuales trabajan para responder a los requerimientos, problemas o dudas planteadas en *su* comunidad y época. En la realización de esa tarea recurren a los materiales que tienen a mano: a *su* cultura y/o a otros patrones exógenos los cuales *median* a través de los suyos propios. La cultura es un *patrimonio en común* con el resto de los miembros de su sociedad. Así, para comprobar la fidelidad de las proposiciones de los intelectuales en cuanto al resto del sistema sociocultural, el mejor catalizador es lo que se puede llamar la *empatía ideológica* de los otros nativos de su cultura:

“La *recepción* de los enunciados es más reveladora, para la historia de las ideologías, que su producción, *y cuando un autor se equivoca o miente, su texto no es menos significativo que cuando dice la verdad*; lo importante es que la recepción del texto sea posible para los contemporáneos, o que así lo haya creído su productor. Desde este punto de vista, *el concepto de ‘falso’ no es pertinente*” (Todorov 1987: 60. Las cursivas son nuestras).

Luego, en el campo de la fe y la teología —terreno en el cual se desenvuelve este libro—, cobra mayor relevancia la admisión de los sistemas de ideas por el resto de los miembros de la sociedad y/o portadores de esa cultura. La recepción de los nativos de las islas británicas es un punto de partida para comprender la evolución de la filosofía en Inglaterra primero y en el Reino Unido en general después. Desde esa perspectiva y para este caso, lo relevante no es el grado de veracidad de los supuestos metafísicos de un sistema filosófico o de esa propuesta intelectual en sí. Lo importante es la

empatía ideológica, el grado de *verosimilitud* que le conceden o reconocen los miembros de su misma sociedad. Al tenor de lo señalado, se entiende que los nativos de las islas británicas asumieron los fundamentos reformados como evidentes. El factor teológico calvinista —uno metafísico en último término—, es primordial para explicar los consecuentes patrones conductuales, estados anímicos, sistemas de ideas y estructuras simbólicas derivadas y/o legitimadas desde esa doctrina. Y de tal estructura no escaparon los pensadores iluministas, quienes en general fueron concientes promotores de esa síntesis. Es más, sus propias filosofías son expresiones de aquella teología. Una expresión que al mismo tiempo es intelectual *pura*; y en tanto *actividad* erudita, es también ascética (emocional/conductual).

Precisamente, el antropólogo Clifford Geertz al referirse al “*ethos*”, al “deber ser” promovido por las diversas religiones, sostiene que a pesar de que la “metafísica” y la “ética” son elementos básicos de aquellas, una religión nunca es sólo metafísica y tampoco nunca sólo mera ética:

“Se considera que la fuente de su vitalidad moral estriba en la fidelidad con que la religión expresa la *naturaleza fundamental de la realidad*. El poderosamente coercitivo ‘*deber ser*’ se siente como surgido de un *amplio y efectivo ‘ser’* y, de esa manera, la religión funda sus más específicas exigencias en cuanto a la acción humana en los contextos más generales de la existencia humana” (Geertz 2000: 118. Las cursivas son nuestras).

La dependencia del *ethos* puritano o del calvinismo británico respecto a la doctrina acerca de la *realidad* del gobierno divino del universo y la *verdadera* condición humana, se ve reflejada en las propuestas éticas que por motivos metafísicos elaboraron los filósofos iluministas de las islas británicas. Mas asimismo, en el fondo, esa ética no es simple expresión de una metafísica; pues, al considerar el pecado original, la conducta pasa a ser algo metafísico en sí. Lo anterior, como quedará graficado en los pensadores aquí tratados, es un asunto central en todo este libro. No erraba Max Weber al señalar que “los hechos no están sencillamente presentes y ocurren [,] sino que tienen una significación y ocurren a causa de esa significación”. He ahí el poder de la religión. Lo que para un positivista o un materialista sería una especie de alucinación colectiva, fue en el caso que aquí nos preocupa una construcción *nacional* de la realidad, desde los “conceptos últimos” de una fe.⁵ Lo cual

⁵ Construcción que se daría también en parte no menor de la Europa Occidental continental y en las colonias pobladas por *blancos* provenientes de las metrópolis (no en los enclaves comerciales o en los territorios de mera explotación).

implicará definir/vivenciar el mundo a partir de ideas, actitudes y patrones conductuales que son para el creyente “supremamente prácticos y los únicos que es sensato adoptar atendiendo a como son ‘realmente’ las cosas” (Geertz 2000).

De tal manera, lo que el prejuicio moderno ha visto cual actividad filosófica profana y hasta antirreligiosa en la Ilustración, en realidad siempre fue *teología*.⁶ Y no obstante la indispensable condición de responder al contexto, las filosofías ilustradas profundamente deudoras de aquella doctrina y de sus propios ambientes socioculturales, fueron de todas maneras *universalizadas*. En ese proceso se ignoraron, obviaron o escondieron los supuestos y/o principios sobre los que esos sistemas de ideas fueron elaborados. Luego, las instituciones a las que dieron lugar también se tuvieron por universales... Más allá de que, en demasiadas ocasiones, ese argumento fuera complementado con el mucho menos sutil de las armas y las presiones de todo tipo.

Entonces, por la influencia y vigencia de los sistemas ilustrados en la Modernidad, se tiene que estamos sumidos en un mundo religioso. En específico, en uno *cristiano reformado*. Es cierto que el “ascetismo intramundano” conceptualizado por Weber, fue un poderoso y decisivo incentivo ético en diversas esferas. Pero, el ascendiente de la teología de Calvino llegó mucho más lejos: sirvió de fundamento para elaborar proyectos y sistemas de ideas que, materializados por la firme convicción de aquel empeño ascético, terminaron de una u otra manera por *construir* la Modernidad.

Tampoco debe olvidarse que dentro de esa generalidad sociocultural europeo occidental, encarnada en la Modernidad, subyace una singularidad que obedece a la pertenencia de los pensadores ilustrados a determinados grupos de interés y/o a su posición socioeconómica. Es asimismo necesario tomar en cuenta que los autores escribieron en tanto burgueses; y unos que hoy llamaríamos de “derecha”. Su Liberalismo fue siempre una doctrina socialmente excluyente en lo interno y *racialmente* excluyente en lo externo. Dicha concepción fue revolucionaria antes de asentarse en el poder. Una vez estructurado el Estado para proteger sus propios intereses y patrimonio, la burguesía se hizo conservadora de ese *statu quo* útil para justificar, cuidar

⁶ Tal vez ese recurrido y extendido error se pueda dilucidar, *al menos*, por tres motivos: la crítica ilustrada al clero reformado dogmático y autoritario, y a la rígida piedad antiintelectual; las acusaciones de irreligiosos y hasta de ateos que precisamente recibieron de esos sectores; y ciertos *silencios* en los textos iluministas, que se explicarían por lo innecesario de aclarar lo evidente (a pesar de que en general son explícitos en sus afirmaciones y argumentaciones religiosas, lo cual debilita este punto o deja en evidencia una lectura poco rigurosa).

y reproducir sus privilegios. En todo caso, esta singularidad de *clase* de lo socioeconómico y político es inseparable de la religión. La teología daba lógica y legitimidad al sistema. Aquí de nuevo queda manifiesta la íntima relación entre ideas y contexto. En este caso, entre las condiciones socioeconómicas y las propuestas intelectuales.

Se asume aquí que hoy estamos insertos en una especie de *Edad Media reformada*. En ella, bien lo señala André Biéler, teólogo reformado contemporáneo, Juan Calvino “coloca aun la impronta de su fe y de su pensamiento sobre millones de habitantes de nuestro planeta, a menudo sin que lo sepan”. Esas ideas y propuestas religiosas se han transformado en *cultura*: son vividas a diario por una gran cantidad de personas de modo muchas veces inconsciente. Así como por ejemplo sucede con el lenguaje, el cual es utilizado por todos los hablantes de un idioma de una forma más bien irreflexiva. La inmensa mayoría de ellos —salvo los especialistas académicos—, no son capaces de reconocer el origen extranjero de algunas palabras, la gramática, la sintaxis o hasta la ortografía de la lengua materna en cuestión.

Lo mismo que en la llamada “Edad de la fe” europea occidental, las naciones modernizadas viven a la fecha en base a patrones desarrollados desde específicas interpretaciones de dogmas cristianos. El campesino, el artesano o el noble de la tardía Edad Media, entendían y sentían en tanto propios, rasgos socioculturales que se podrían catalogar de aristotélico-tomistas. Lo que ocurría sin que la gran mayoría de ellos hubiera leído a Aristóteles o Tomás de Aquino, o ni siquiera hubieran escuchado de ellos. Asimismo, a la fecha en América Latina (y en el resto del Tercer Mundo) se están asumiendo una serie de patrones conductuales, una moral e ideas de *raíz* calvinista, cual si fueran el benigno fruto de una especie de cultura universal. Es más, como si ya fueran elementos autóctonos o siempre lo hubieran sido. No hay análisis y menos crítica de esa matriz que ha llegado a ser la dominante. Al contrario. De tal inconsciencia surge, no pocas veces, una defensa a ultranza de la que se cree es la meta de toda sociedad *civilizada*.

El escenario ideológico, social, económico y político mundial en que está inserta América Latina, hace urgente que las disciplinas humanistas y socioculturales en general, tengan un activo papel político y cultural: dejar en evidencia que la Modernidad es una tradición anglosajona, y mostrar los objetivos de tal proyecto y las consecuencias que ha traído su instauración. Esa tarea debería ser tomada institucionalmente por las universidades latinoamericanas, a través de la conformación de programas o centros de

estudios anglosajones. De esa manera se podrá enjuiciar de modo informado la adopción, síntesis o tal vez hasta el rechazo de la Modernidad. Pues, en tanto un observador ajeno y crítico, se puede comprobar que su promesa de universalismo, tolerancia, libertad, bienestar, igualdad, secularización y racionalismo no es tal o tiene una significación del todo contraria o singular. Al mismo tiempo, al menos por contraste, podremos avanzar en el tema de nuestra propia identidad.

Situarse en la posición de un investigador latinoamericano, puede parecer un manido lugar común. Pero, cobra relevancia no sólo por una cuestión de identidad del autor. Sino por la constatación de que pertenecemos a una tradición diferente y que no es tomada en cuenta por el excluyente proyecto del cual, a pesar de lo contradictorio de la situación, muchos habitantes de esta parte del continente quieren formar parte. Por eso, también es fundamental institucionalizar en América Latina programas o centros de estudios latinoamericanos. A través de ellos se podrá profundizar en el conocimiento de nuestra realidad y tradición, y desde esos cimientos difundir un proyecto sociocultural propio. Sería además un modo de templar esa ebriedad de Europa y su “hermosa caduquez fatal”, actitud que reprochaba Gabriela Mistral a quienes buscaban lejos lo que tenían al alcance de la mano. Al seguir la recomendación de la poetisa de decirlo todo de nuestra América, “sueño de Bolívar” incluido, y conocer así nuestra tradición, sabremos también cuáles son los *incentivos* socioculturales —ideológicos, emocionales y/o materiales— necesarios para concretarla, mantenerla, reproducirla y mejorarla.

Se estima un urgente deber intelectual, cultural y político, rechazar el que la Filosofía y el resto de las Humanidades sigan limitadas a ser ámbitos de simples juegos académicos, desconectados de la realidad y sin compromiso con nuestro contexto y nuestros pueblos. Como también el que sirvan, junto a las disciplinas socioculturales, para justificar por omisión o de forma manifiesta ideologías y teorías (pseudo)científicas. Más todavía, cuando estas proponen la legitimidad y necesidad de mantener a una mayoría en la indigna precariedad de la pobreza, la depredación de la naturaleza no humana o un orden mundial represivo y abusivo. En el específico caso de las Humanidades, tal situación es una traición, cuando no una traba insalvable, al objetivo que debería guiar sus estudios: el amor por la humanidad.⁷ Con toda razón se preguntaba Luther Standing Bear, jefe sioux oglala, sobre la “civilización” y el “progreso” modernos. Conceptos que para el Tercer Mundo, Latinoamérica

⁷ Recuérdese que *Humanitas* es la traducción latina de la *Philantrópia* griega.

en particular y con mayor razón para sus primeras naciones, sólo ha sido un espejismo cuando no una tragedia.

Se hace necesario, de una vez por todas, asumir la diferencia entre las teorías físicas y las filosóficas o de las Humanidades en general. Las primeras no afectan para nada a sus objetos de estudio: la posición del Sol jamás varió a causa de las polémicas entre heliocentristas y geocentristas. En cambio en el terreno humanista, cuando un sistema de ideas se materializa en una teoría económica, política u otro sistema sociocultural, sí es capaz de influir en las ideas, moral y formas de vida de las personas y grupos humanos.

Cada uno de los ensayos aquí presentados, pretende cooperar en parte a ese anhelo de avanzar en la solución de problemas y dudas teóricas. En ese afán pueden brindar pistas para enfrentar, desde nuestra realidad, al mundo modernizado y para visualizar alternativas prácticas a las serias dificultades que nos aquejan en múltiples esferas. Para ello es básico tomar en cuenta la *encrucijada sociocultural* a la cual estamos. Al mismo tiempo, es necesario no caer en la tentación de los esencialismos falseadores de la realidad. Tampoco en el peligro de los fundamentalismos, caldo de cultivo para la exclusión. La conciencia de la propia identidad, su reforzamiento y reproducción, no deben ni tienen por qué desembocar en peligrosas ideologías de pueblos elegidos. Ni menos en el miserable absurdo del racismo.

Se cree aquí que el primer paso de la liberación, es tener una plena conciencia del mundo en donde se vive. Esto, junto con la autoconciencia, entrega la posibilidad cierta de emprender la construcción de una comunidad desde nuestra propia matriz sociocultural. Desde una que tiene en cuenta la solidaridad, la libertad y la racionalidad. El reto es llevar la teoría a la práctica y seguir siendo fieles a su espíritu en el proceso. Esa tarea no es exclusivamente para unos pocos líderes iluminados. Requiere el activo compromiso de los pueblos. No erraba Albert Einstein al afirmar que la vida es peligrosa, no tanto por quienes hacen el mal, sino por quienes se sientan a ver lo que pasa. Pareciera hora de que en Latinoamérica, esa inmensa mayoría que por muchos años ha sido espectadora, se haga cargo de detener a quienes vienen haciendo el mal. Pero asimismo, de tomar parte activa en el devenir de sus propias sociedades.

En ese sentido, si nuestra época es hija de la Ilustración, no se la puede comprender cabalmente sin considerar en profundidad dicho movimiento intelectual. Y tampoco es posible entender el iluminismo, sin tomar en cuenta

que la Reforma lo marcó a fuego. He ahí la relevancia que tiene el recorrido por las ideas y sus contextos aquí presentado. Curiosamente un físico, Erwin Schrödinger, con una notable visión histórica y sociocultural, nos ayuda a aclarar el espíritu que guía este libro. Este texto revisa el pasado para ayudar a comprender el presente y de esa manera —tal vez con excesivo voluntarismo e inocencia—, cooperar en algún sentido a la construcción de un mejor futuro:

“La Historia es la más fundamental de todas las Ciencias, porque no hay conocimiento humano que no pierda su carácter científico cuando los hombres olvidan las condiciones en que fue originado, las preguntas a las que respondió y las funciones para las cuales fue creado” (Schrödinger, en Delgado y Ruiz 2007).

Finalmente, no quisiéramos terminar sin hacer una última aclaración. Exponer la línea general que ha seguido el desarrollo ideológico del Occidente moderno desde la Reforma Protestante, pasando por la Ilustración hasta la Modernidad, de ninguna manera implica asumir que las ideas dominantes son las únicas o debieran ser las únicas que han de considerarse por su importancia. Sin negar la evidente relevancia de la tradición moderna para el mundo actual, ello no quiere decir que aquí se quiera invisibilizar y/o negar otras posibilidades o realidades, ni las disrupciones, alternativas o contrapropuestas que existieron y existen *dentro* de dicha tradición o *fuera* de ella. Es más, no tendría ningún sentido invisibilizarnos y/o negarnos a nosotros mismos.